

ginar antes de que ocurrieran. A estos testimonios reales, sigue un ensayo de William Blake, un norteamericano condenado de por vida a confinamiento solitario en Estados Unidos, y tal vez, o así lo fue para mí, el relato más horrible de toda la antología. Casi una curiosidad, este catálogo de tormentos termina con Guantánamo, la infame prisión de sospechosos en la «guerra contra el terror» y fabricada con la misma intencionalidad del terror. Una de las torturas consistía en poner música contemporánea a cien decibeles y que sacude los oídos de los prisioneros hasta la locura, no sólo durante los interrogatorios sino también durante varios días sin cesar un minuto. Sartre tenía razón, «El infierno son los demás» (*L'enfer, c'est les autres*), su frase famosa en el drama *Huis Clos* (1944).

Atormentar y torturar a otros, bajo excusa de orden público y justicia o sin ella, a veces de manera cruel e inhumana, ha sido práctica lamentable siempre; y escandalosamente revivida bajo la excusa del terrorismo más reciente. Al mismo tiempo, en muchas democracias la justicia humana se viste a menudo de benevolencia y dicta sentencias reducidas para no caer en un «castigo excesivamente severo» a veces por edad o enfermedad, o por simple humanidad que es la virtud esencial de los humanos. Tal vez, los teólogos católicos especialistas en el infierno, si todavía los hay, podrían revisar el antiguo concepto de justicia divina y ponerlo en mejor acuerdo con el amor infinito y siempre misericordioso del Dios de los cristianos que desea que todos se salven.

Alvaro SILVA

CLÉMENT, Olivier, *Transfiguring Time: Understanding Time in the Light of the Orthodox Tradition*, New York (NEW YORK CITY PRESS), 2019, 174 págs.

Oriundo del Languedoc y de familia agnóstica, Olivier Clément (1921-2009) descubrió el cristianismo leyendo a autores como Berdyaev y Lossky y fue bautizado en París en 1952, en el patriarcado de Moscú de la Iglesia Ortodoxa rusa. Había sido estudiante del hinduismo y budismo, e interesado en las nociones de tiempo y eternidad en religiones antiguas en su contraste con las del cristianismo. Con su inclinación hacia la tradición ortodoxa, Clément parece haber encontrado una ruta entre un pensamiento católico que le parecía sesgado por «el mito moderno de la inevitabilidad de la evolución» y el pensamiento protestante absorbido en una lectura bíblica «excesivamente literal».

Este libro, traducido al inglés por Jeremy N. Ingpen, sobre «la transfiguración del tiempo» fue publicado originalmente en 1959 y aparece ahora su traducción inglesa en una editorial patrocinada por el movimiento de los Focolares. Clément introducía el tema con un repaso de la antigua concepción cíclica del tiempo para presentar después cuatro proposiciones bajo la rúbrica «Dios y el tiempo»: (1) «la naturaleza eterna del Dios vivo no se puede definir como una excepción al tiempo»; (2) el tiempo, hablando metafóricamente, es una criatura y, por tanto, como es verdad de toda la creación, es bueno y tiene sentido; (3) el valor del tiempo está inextricablemente unido a la revelación de la persona y del amor; y por último (4) en la parusía, en el Reino, el tiempo no desaparecerá sino que será transfigurado». En otras palabras, el tiempo no se opone a la eternidad, y ésta no es la negación de la existencia temporal. No hay que olvidar cuándo fue escrito el libro y de ahí la lectura literal del Génesis y otros textos bíblicos. A una estupenda noción del tiempo como criatura, y por tanto como algo bueno, sigue la idea de que el tiempo fue «profundamente corrompido por la Caída que, de manera inextricable, combinó el tiempo y la muerte». Las diversas contradicciones en la antigua alianza, es decir, en el tiempo lineal, sólo serían resueltas con la encarnación. El

tiempo cíclico despersonaliza a Dios y al ser humano mientras que el tiempo lineal aísla al ser humano tanto de la naturaleza como de Dios. La encarnación irrumpe en el tiempo revelando la profundidad de la trinidad eterna. En la última parte, sobre la economía del Espíritu Santo y el tiempo deificado, recoge una serie de temas o cuestiones como la doble economía del Espíritu Santo, la tensión entre tiempo y eternidad, el carácter escatológico del tiempo eclesial, la oración de Jesús y el misterio escatológico de la virginidad o *sophrosyne* (castidad como integridad), los límites de la historia, tradición y desarrollo del dogma, la construcción del Reino, y el infierno. Entre estos temas me pareció sobresaliente el del ecumenismo visto desde la Ortodoxia y años antes del Concilio Vaticano II. Para este historiador y teólogo, el nuevo campo de batalla está en un desafío que expresa con una interrogante: «¿Tendrá la Ortodoxia, con su sentido del fin de los tiempos y su profundidad espiritual, la oportunidad de aportar todo su bagaje humano y cósmico a la comprensión de las doctrinas de la Iglesia?» No es sólo un desafío, de hace más sesenta años, a la cristiandad ortodoxa sino igualmente a la Iglesia católica y a las Iglesias de la Reforma protestante.

Alvaro SILVA

FARROW, Douglas, *Theological Negotiations: Proposals in Soteriology and Anthropology*, Grand Rapids (BAKER ACADEMIC), 2018, 287 págs.

Los ensayos recogidos en este libro tienen que ver con cuestiones o lugares teológicos que han tenido interés permanente y causado controversia antes, durante, y después de la Reforma protestante. Los temas, por orden de aparición, son: la relación entre filosofía y teología; la naturaleza y la gracia en Tomás de Aquino; la justificación y santificación en Lutero; la satisfacción y el castigo en san Anselmo; el pelagianismo doxológico como problema ecuménico; la transustanciación; la autonomía; la reafirmación de la paz paulina con respecto al pueblo judío; y para terminar, una meditación sobre la carta a los Hebreos. El tema de la naturaleza y gracia, en diversos aspectos y dimensiones, subyace casi todos ellos. Más que un compromiso entre opiniones o escuelas, Farrow busca una manera nueva de mirar las diferencias y busca la manera de hacerlo con intención ecuménica. Acude esencialmente a Tomás de Aquino y, cuando necesita ayuda suplementaria, a Ireneo, Agustín, y Anselmo. Varios de los ensayos son extraordinariamente complejos.

Farrow enfrenta el problema de la teología «revelada» asegurando que consiste en explicar cómo nace y cómo es mantenida y, de esa manera, cómo perfeccionar el conocimiento filosófico llevándolo hacia la comunión de la humanidad con la razón divina. Anota un cierto déficit cristológico en Tomás de Aquino, refiriéndose a «una llamativa escasez de cristología y eclesiología». En su capítulo sobre Anselmo explora el peligro de entender la cruz como pena satisfactoria pues es en la agonía de Getsemaní en donde se debe encontrar la auténtica interpretación del Gólgota. En la economía eucarística, estudia una conversión que no es en ningún sentido una transformación, y defiende que habría que buscar una propuesta alternativa más en armonía con el pensamiento escatológico de los Padres de la Iglesia. La explicación de sustancia/acidentes ya no parece la mejor manera de acercarse al misterio; más fundamental sería la destrucción sacramental entre el signo y la *res* del sacramento observando que el Concilio de Trento hablaba de apariencias y no de accidentes. Acude a Ireneo para quien la recepción de la eucaristía significaba que nuestros cuerpos no son ya corruptibles, pues tienen la esperanza de la resurrección a la vida eterna. Es esa apertura escatológica la que no requiere elegir entre Aquino o Calvino. En el ensayo sobre la